

DON QUIJOTE EN MANHATTAN

Gerardo Piña Rosales

*Para Dulcilaura,
pues, sin ella, habría dejado de ser hace ya tiempo lo que soy,
un incurable Quijote, visionario y enamorado.*

Hace unos meses recibí un mensaje electrónico de mi colega Beatrice Norwich, profesora de literaturas hispánicas en New York University. En dicho mensaje, la doctora Norwich me comunicaba que tenía en su poder un cartapacio, que, a su vez, había recibido pocos meses antes de un tal Max Pixel, editor de libros raros y curiosos e inveterado hispanófilo. El cartapacio contenía unos 40 folios manuscritos, llenos de notas y párrafos sueltos, y venía acompañado de una breve nota introductoria, en la que Pixel le explicaba a Norwich que un viejo amigo suyo español, un tal Ergardo o Heraldo Torres, antiguo dueño de una librería en Manhattan (ya desaparecida), le había entregado, antes de emprender un largo viaje (del que no sabía si habría de regresar), esas notas sobre ciertos sucesos que habíanle ocurrido no hacía mucho, para que hiciera con ellas lo que quisiese. El señor Pixel le pedía a la profesora Norwich que le diera forma al manuscrito, pues barruntaba que podría ser interesante e incluso publicable. Beatrice Norwich, intrigada por esos papelotes, se pasó semanas descifrando aquellas notas, y con ellas compuso un primer texto. Sin embargo, un tanto desconcertada por aquel galimatías, abandonó el trabajo durante algún tiempo. Pero hace poco, al mencionarle yo que debía dar una conferencia sobre el Quijote en el X Coloquio Cervantino en Guanajuato, México, se acordó del manuscrito y decidió enviármelo por si podía serme útil para mi presentación. Lo recibí a los pocos días.

Al principio, no le presté demasiada atención, enfrascado como estaba en la relectura de la obra cumbre de Cervantes y tomando notas para un trabajo que habría de estudiar la novela cervantina con un enfoque desconstruccionista. Poco a poco, fui arrinconando a Derrida y a sus compinches (para beneficio y contento de todos) y entusiasmándome con el texto del susodicho Ergardo o Heraldo Torres. Las páginas que siguen, constituyen, pues, en esencia, el texto del librero de marras, si bien he optado por traducir al español algunos diálogos que en el original aparecían en inglés.

A guisa de prólogo

Discretísimos lectores:

Acusado injustamente por la IRS de no haber pagado impuestos durante los últimos cinco años, vine a dar con mis quebrantados huesos a esta infamosa cárcel de Sing-Sing —en el estado de Nueva York—, donde todo preso tiene su triste celda y todo guardia su porra presta. Como mi estancia entre estos

muros de hormigón coronados de alambradas parece ir para largo, por matar el tiempo (que no se deja matar tan fácilmente) y entretener a mis compañeros de infortunio, se me ocurrió escribir esta historia que tenéis en vuestras manos. He intentado que mi escritura sea lo más llana posible, que mis palabras sean más significadas que significantes (aunque no sé si demasiado honestas), evitando caer en anglicismos al uso, tanto en la sintaxis como en el léxico, delicado asunto éste, pues no es fácil sustraerse a esos peligros cuando se llevan, como yo, décadas radicado en un país de lengua inglesa.

Así pues, espero que al leer estas páginas, el que se encuentre acosado por el murciélago de la depresión logre espantarlo de un simple manotazo, que el contenido dé rienda suelta a la carcajada, que el tontorrón no se enfurruñe, que el discreto se emboabe ante lo insólito del caso, que el pomposo no las desprecie, ni el humilde deje de alabarlas.

De cómo un tal Ergardo o Heraldo Torres vivía obsesionado con el Quijote, de Cervantes, y de cómo esta obsesión le impulsó a salir de su hogar en busca de aventuras en Manhattan, para emular, así, al Caballero de la Triste Figura.

En un lugar de los suburbios neoyorkinos, cuyo nombre no viene al caso mencionar (pues tan anodinos son unos como otros), vivía un caballero español que decía llamarse Ergardo Torres, aunque las malas lenguas asegurasen que su verdadero nombre no era ése sino el de Heraldo Porras, identidad que ocultaba por escabullir el bulto a los del fisco, a causa de no sé qué alcabalas impagadas. A mí, curiosísimos lectores, no se me da un ardite que se llamara así o asá, puesto que, como se verá, enseguidita, nuestro héroe iba a adoptar el preclaro y altisonante nombre de don Quijote, y como tal habremos de seguirle sus andanzas.

Ergardo o Heraldo Torres, de origen español, andaluz, por más señas, habría de tener por aquellos días en que le ocurrieron las aventuras y desventuras que a continuación se cuentan, sesenta y pico de años (largo el pico). Era alto, flaco, huesudo —típico ectomorfo, por más señas—, desgarrado, un poquillo chepudo, de canosa barba en punta y lentes de lechuzo. Había llegado a Nueva York a finales de los cincuenta, y aunque *in sensu stricto* no hay que considerarlo un exiliado, la verdad es que se había venido a las Américas huyendo —suponemos— de aquella achabacanada y horteril España de la dictadura franquista. Es muy posible que tuviera que emigrar, a cencerros tapados, por algún que otro acto subversivo cometido en el por aquel entonces archiinquisitorial y cavernícola país. El caso es que vino a recalar en Nueva York, ciudad de todos los exilios. Sin oficio ni beneficio, y como siempre le habían entusiasmado los libros, se decidió —después de azacanear un par de años por la ciudad, haciendo de todo un poco—, a abrir una librería en Union Square, en el bajo Manhattan. Pronto estableció relaciones con otros españoles, muchos de ellos republicanos expatriados después de la Guerra Civil. Con ellos platicaba de España —a gritos, cómo no— en las tertulias de La Nacional, en la calle 14, especie de refugio o varadero para aquellos exiliados del éxodo y del llanto, y con ellos

colaboró —si bien, de forma esporádica— en *España Libre*, la revista de aquel grupo de exiliados empeñados en derrocar a Franco. Amigos suyos habían sido —y algunos todavía lo seguían siendo— el político Eloy Vaquero, el pintor y escritor Eugenio Fernández Granell, el catedrático Don Emilio González López, el poeta Odón Betanzos Palacios, entre otros.

Ergardo o Heraldo (que tanto monta monta tanto) se había casado en los años sesenta con Dulcilauro, pianista de talento, todo corazón, mujer comprensiva y paciente con las extravagancias de su desequilibrado esposo. Y la verdad es que se entendían, se respetaban y se querían entrañablemente.

Ergardo o Heraldo Torres (aunque yo les confieso inclinarme por el primer nombre) había llegado a una edad en la que la mayoría de sus amigos ya estaban pensando en la jubilación, en largarse a Florida en busca de mejor clima, o regresar al país de origen para morir en olor de crisantemos y patriotismo trasnochado. Pero no él. Aunque autodidacta, Ergardo o Heraldo (que para el caso es igual), había sido, desde muy niño, un lector voraz, y hasta se las daba de buen poeta. Yo, en este sentido, me abstengo de opinar, puesto que no he leído ni un verso suyo, pero no me extrañaría que algún día uno de esos concienzudos estudiantes doctorales descubriera, en la buhardilla de alguna vieja casa neoyorkina o en algún mercado de pulgas del Village, esos poemas, y que, para gloria o vergüenza de las letras hispánicas, les dedicase toda una sesuda tesis doctoral.

Desde hacía unos años una obsesión cada vez mayor consumía al bueno de Ergardo: la lectura y relectura de la *Historia del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes Saavedra. Desde que la leyera por primera vez, hacía ya muchos, muchos años, en una archiexpurgada edición escolar, con aquellos inolvidables dibujos de Gustave Doré, el libro se había ido convirtiendo en una verdadera Biblia para él. Lo había leído decenas de veces. Se sabía capítulos y capítulos de memoria, que, viniera o no a cuento, declamaba a su amante por teléfono (y hasta en pleno fornicio). Si le asaltaba alguna duda, acudía al *Quijote*; si tenía que tomar alguna decisión, acudía al *Quijote*. Al levantarse, a modo de oración, leía unas cuantas páginas al azar; al acostarse hacía lo mismo. Y como padecía de insomnio: seguía leyendo, y así hasta el amanecer.

En “El Quijote”, su librería de Union Square —en cuyo umbral había colgado un cartelito con el lema de *Post tenebras, spero lucem*— se había ido desprendiendo —regalando o vendiendo a precios irrisorios— de todo lo que él consideraba obras de segunda categoría, y ya sólo ofrecía en venta el *Quijote* —en todo tipo de ediciones— y crítica especializada sobre la inmortal novela. En su biblioteca, los libros, en heteroclita balumba, desbordaban los estantes. Había libros sobre los escritorios, sobre las sillas, detrás de la puerta, en armarios, en cajas, en archivadores. Nuestro héroe se ufanaba de contar entre sus tesoros bibliográficos quijotiles con la primera edición —facsimilar, claro está— de *El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*, de 1605. Se alineaban en los anaqueles traducciones del *Quijote* en todas las lenguas del mundo, algunas en ediciones rarísimas, verdaderas joyas, como las de Tomás Shetton —al inglés—, la de

Louis Viardot —al francés—, la juvenil de Hoffman —al alemán— y la rusa de Jukovskiy. Tenía traducciones del *Quijote* en latín macarrónico, en lunfardo, en hakaitía y en espanglish. No faltaban imitaciones del *Quijote*, como la de Samuel Butler, la de Pope Swift, la de Richard Graves, la de Henry Fielding y muchas más. Y desde luego, las españolas, como la de Salas de Barbadillo, la del Padre Islas; y las americanas, como la de Luis Otero y Pimentel, la de Juan de Montalvo, la de Francisco Navarro y Ledesma. Poseía versiones teatrales del Quijote, comedias líricas y burlescas, películas y música de tema quijotesco, de las que prefería *El retablo de Maese Pedro*, de Falla y *Don Quijote velando las armas*, de Oscar Esplá, que consideraba superiores a las piezas de Richard Strauss y Telemann., y que escuchaba con suma delectación una y otra vez. En insólito contubernio, se amontonaban también por toda la biblioteca cuadros, dibujos, fotografías con motivos quijotescos y curiosidades como el *Quijote* escrito en un librito de papel de fumar y hasta en piel humana.

“¿Por qué, por qué —se decía nuestro héroe, mientras zigzagueaba por la estancia, libro en mano, entre alcores, colinas y promontorios de volúmenes desperdigados por doquier— he de pasarme los últimos años de mi vida vegetando, leyendo y releiendo, cómodamente en mi casa, cuando ahí, en esa ciudad de los demonios, en esa Nueva York de los infiernos, se cometen con la impunidad más absoluta las injusticias más atroces sin que nadie proteste, sin que nadie alce la voz en pro del desvalido, del menesteroso, del pobretón más pobre que las ratas en la ciudad más poderosa y rica de la tierra, donde la libertad parece ser sólo una estatua? ¡Ea, se acabó, alguien tiene que hacerlo! Don Quijote tuvo redaños para hacerlo, ¿por qué no yo? ¡Seré un nuevo Quijote!”

Y tal como lo pensó lo hizo. Malvendió —pese a las protestas de su mujer— la librería, y, ni corto ni perezoso, se dispuso a abandonar su hogar en busca no tanto de gloria y fama sino espoleado por un insobornable prurito de justicia social, con el Quijote como ejemplo, norte y guía.

De cómo nuestro héroe adoptó el nombre de don Quijote, rebautizó a su oíslo y de otros sucesos que aquí se cuentan.

Y una noche, decidido a partir al día siguiente en su loable empresa, se prometió a sí mismo que en adelante no respondería a más nombre que al de don Quijote, pues sentía que sólo esa identidad era la suya y que sus viejos yos se iban desprendiendo de él como la serpiente se desprende de su piel vieja. Y por último, dando un profundo y prolongado suspiro, se dijo para sus adentros que si don Quijote había puesto los ojos en Aldonza Lorenzo, él los había depositado, hacía ya años, en Dulcilaura, su mujer, a quien todo debía.

Aunque era pacifista a ultranza, y le repugnaban todo tipo de armas, decidió portar consigo —por si las flies— un viejo Colt 45, desculchado y herrumbroso, que había comprado por cuatro dólares cincuenta en un baratillo del Soho. "Espero —le dijo al inservible Colt— no tener que usarte nunca, arma cruel y mortífera, pero a veces follones y malandrines no entienden sino el lenguaje de las armas".

Descendió de inmediato a la cochera, y solemnemente, ante su prehistórico Volkswagen, declaró: "Y tú, vehículo fiel, te llamarás Bolidante, porque aunque ahora renqueas no me he de olvidar de que antes, en otros tiempos, eras un verdadero bólico, potente y veloz. Con tu nuevo nombre habrás de recuperar tu antigua potencia". Wishful thinking, porque aquel cacharro abollado, lento como una tortuga, no había sido ni sería nunca lo que era: una vieja tartana, asmática y humovomitante.

Del encuentro de don Quijote con Sancho y del frustrado robo en una bodega de Washington Heights.

La del alba sería de un tibio día de primavera cuando don Quijote salió de su casa, revólver bajo la camisola y la mochila al hombro, en cuyo interior llevaba unos cuantos pesos y una edición anotada del *Quijote*. A duras penas, Bolidante salió de la cochera, tosiendo, trastabillando, pero poco a poco, a medida que se calentaba, el decrepito motor pareció adquirir nuevas fuerzas, y emprendió el camino, si no raudó como el viento, por lo menos a buen trote.

No muy lejos del Washington Bridge, cerca de Fort Tryon, por donde pasa el Harlem River (surcado por barcazas de basuras y cadáveres flotantes de suicidas), don Quijote decidió, antes de seguir adelante, proveerse de algunos pertrechos. Estacionó a Bolidante en Dyckman Avenue y entró en una bodega llamada La Isla Encantada para adquirir algunas provisiones, frutas secas sobre todo, puesto que desde hacía años profesaba la orden vegetariana con puntillosa devoción y esmero. Un hombre de unos cuarentaitantos años, mostachudo, rechoncho y achaparrado, le sonreía detrás del mostrador. Y ya iba don Quijote a pedir sus cacahuets cuando de pronto un individuo mal encarado irrumpió en la bodega pistola en mano. "¡O.K., fatso, give me themoney!", demandó el pistolero, dando un empujón a don Quijote y encañonando al amedrentado bodeguero. Don Quijote, sin inmutarse, con muy gentiles palabras comenzó a decirle que se calmara, pero el pistolero, dándole la espalda, le espetó, "¡Shut up, old man, or I'll scrape the floor with you sorry ass!" Entonces don Quijote sacó de la faldriquera el viejo Colt, y poniendo el mohoso cañón en la nuca del atracador, le advirtió: "¡Anda, suelta ese juguete, que se te puede disparar! El asaltante frustrado arrojó la pistola a los pies de don Quijote y puso pies en polvorosa. "Pobre hombre —exclamó don Quijote—, se ve que está necesitado; de no ser así, no se le hubiera ocurrido nunca tal despropósito". "¿Pobre hombre? dijo el bodeguero— ¿A ese criminal le llama usted pobre hombre? Pues sepa usted que no es la primera vez que me roba. ¡I don't believe it! ¡Y lo ha dejado escapar!" "No vale la pena, amigo; es sólo un pobrete desesperado y con más miedo que tú", le dijo don Quijote. "Si no hubiera sido porque usted intervino, como me llamo Edwin Rivera que le habría dado yo una buena galleta a ese pendejo. Anyway, reconozco que tiene usted guts", alardeó el bodeguero. "Y cómo no, amigo, soy don Quijote, y para eso estoy, para defender a los que lo necesitan. Mi corazón no conoce el temor. Voy camino de Manhattan para ayudar a los humillados y a los ofendidos, y de paso, para que mi nombre

quede para siempre en los anales de esta ciudad, que llaman la capital del mundo. "Pues yo, señor Quijote, de muy buena gana me iría con usted, porque estoy harto de este oficio, que no me rinde ganancias porque cada dos por tres me roban, y porque vendo al fiado, y así no hay quien pueda. Soy nacido en Puerto Rico, y criado en el Bronx. Mi pai era puertorriqueño, del mismísimo San Juan, y eso es sólo lo que sé porque cuando yo era un baby el muy sonofabitch nos abandonó a mi mai y a mí, so I had to work my ass to survive in this city. Lo malo es que a mí también me están dando ganas de largarme por ahí, pero sólo por ver si encuentro mi chance de hacerme rico, y así poder pagar el college a mis tres hijos. Vicios no tengo, sólo me doy mis palitos de ron los domingos cuando juego al dominó con mis panas." Don Quijote, viendo en el socarrón bodeguero al futuro confidente y compañero de andanzas, le dijo sonriendo: "Vente conmigo, Sancho, y no te arrepentirás. Dinero no puedo ofrecerte, pero oportunidades no habrán de faltar para que te hagas rico. Y si en la historia de Cervantes, Sancho consigue ser gobernador de una isla, tal vez tú podrás ser por lo menos alcalde de Manhattan. No puedo prometértelo, pero quién sabe..." "Mi nombre es Edwin, no Sancho, pero si tengo que cambiarme el nombre para conseguir los chavos, entonces seré Sancho, Pancho, Cagancho o lo que sea. Yo, lo del Cervantes ese no lo he leído —aunque sé leer, no se vaya usted a creer que soy un bobo—, pero sí me acuerdo de haber visto algo sobre el Quijote y su amigo Sancho on T.V. Si me espera usted, señor Quijote, esta tarde, when I had been taking care of business, me voy con usted". Concertaron, pues, encontrarse a las cuatro de la tarde, con el propósito de salir enseguida en busca de aventuras en Manhattan.

Para hacer tiempo mientras esperaba a Sancho, y como no quedaba lejos, don Quijote decidió hacer una visita a The Cloisters, Los Claustros, en Inwood Hill Park. Trabajo le costó a Bolidante remontar la colina en que se asientan Los Claustros, pero, espoleado por los gritos de su jinete de "¡Animo, Bolidante, adelante, siempre adelante!", al final logró coronar el monte. Por desgracia, a esa hora el museo estaba ya cerrado, así que don Quijote tuvo que contentarse con pasear por el Fort Tryon Park, circundando las murallas románicas del monasterio-museo. "Mucho me hubiera gustado recorrer de nuevo esas naves —se dijo, mientras caminaba entre los altos arcos y majestuosos abetos—, pero ya volveré algún día. No cejaré hasta que estos gringos devuelvan a España lo que es de España, pues el que esas estatuas románicas y góticas de Berengueres y Berengueras, esas tablas catalanas y esos cristos asturianos estén aquí y no en su lugar de origen es una infamia, porque una cosa es el legítimo intercambio de obras de arte y otra el expolio del patrimonio nacional".

Caía la tarde cuando apareció Sancho. "Everything's ready, señor don Quijote. Vámonos ya antes de que me arrepienta". Y en un periquete saltaron a Bolidante, y siguieron por Riverside Drive para empalmar después con el Hudson Parkway hasta Morningside Hights, a la altura de la calle 109. "Sabes, Sancho, ese río se debería llamar San Antonio y no Hudson", comenzó a explicarle don Quijote a Sancho con displicente tono. "And how is that? Yo no sabía que

le habían cambiado el nombre. Toda mi vida lo he conocido como el Hudson, y buenas lubinas que se pescan en él.", le respondió Sancho. "Pues has de saber, Sancho amigo —continuó don Quijote—, que mucho antes que Hudson, un hispanolusitano llamado Gómez, navegando bajo bandera española, ya había remontado ese río, al que llamó San Antonio. Lo que pasa es que los anglos se han empeñado en borrar toda huella hispana en este país. No olvides nunca que antes de los holandeses y de los ingleses estas tierras fueron exploradas por hispanos". "No me extraña —respondió Sancho—, porque hay que ver the mess en que han convertido a Puerto Rico. Las últimas veces que ha ido de visita a la Isla del Encanto cada vez veía menos nombres en español, y todos son McDonalds y Friendlys y Citibanks, y donde había campo y vegas ahora no hay más que caseríos, lo que aquí llamamos proyectos, y miseria y na más que miseria. Llegará un momento en que todos los boricuas dejen la isla y se vengana pa New York, aunque no sé pa qué, pa pasar hambre y que encima los llamen spics". "Eso se llama imperialismo, querido Sancho. Todos los hombres son iguales, Sancho, y el racismo es una de las plagas de este país. Debemos combatirlo siempre, y sobre todo en nuestro caso, porque ya te he dicho que nosotros los hispanos no somos nunca extranjeros en estos predios del Tío Sam, porque cuando los anglos llegaron, ya nosotros habíamos fundado ciudades y pueblos por todas estas tierras". "¿Pero antes que los hispanos, estaban los indios, no?", preguntó con cierta reticencia Sancho. "Por supuesto —corroboró don Quijote—: ellos antes que nadie: los americanos nativos. Y ahí los tienes, en reservas, como apestados, hundidos por el alcohol que trajo el hombre blanco, y tan maledados que están dispuestos a permitir, por mor del almighty dollar, que entierren en sus praderas y desiertos residuos nucleares".

En este dulce y ameno coloquio estaban cuando vieron las torres inacabadas de la catedral de St. John the Divine. Cuando estacionaron a Bolidante en los aledaños de la catedral, era ya de noche. "Señor Quijote —comenzó diciendo Sancho—, yo no sé usted pero a mí las tripas me suenan como si tuvieran gatos dentro". "En otras palabras, Sancho: que tienes hambre. Pues vamos a la catedral, que allí habrán de suministrarnos el alimento que necesitamos, amén del espiritual, que es aun más importante." "Yo me contentaría con una hamburguesa y una cervecita. Yo invito, pues aunque pobre todavía me puedo permitir el lujo de invitar a los amigos". "Dices bien, Sancho porque en verdad soy tu amigo, no tu amo. Es más, mucho me placería que me tuteases, como lo hago yo contigo, porque los amigos se tutean y tú siempre me hablas de usted". "Es por respeto, señor, por respeto a sus canas, que si no, otra cosa sería". Está bien, Sancho, como gustes, pero no olvides nunca que te considero mi igual, nunca mi inferior, y que si yo poseo conocimientos que tú no tienes, a ti en cambio no te falta ni el ingenio ni la sabiduría callejera, tan importantes como la de los libros".

Compró Sancho una hamburguesa, un pretzel y hasta unas papas fritas en un puestecillo ambulante, pero don Quijote declinó la invitación alegando que

prefería mantenerse en ayunas porque aquella noche pensaba ser armado caballero, y que era de la opinión de que convenía profesar en tan honrosa orden con los sentidos y el espíritu despiertos, pues la comida los enturbia, los embota.

En St. John the Divine

Traspusieron pues las arcos ojivales de St. John the Divine. Sancho, que nunca había visitado la catedral, andaba dando vueltas por las naves, sin saber muy bien qué diablos había venido a hacer allí. Don Quijote —aunque se declaraba agnóstico— tenía devoción por las iglesias, por las catedrales, no porque considerase que eran templos de Dios, sino porque en aquel mundo turbulento y voraginoso de la gran urbe, eran como remansos de paz, oasis que invitaban a la meditación y al descanso. De pronto, un hombre alto, ni gordo ni flaco, ensotonado, se acercó a don Quijote y le dijo: "I am sorry, brother, but it's time to close". Don Quijote lo miró de hito en hito y le respondió con toda la sorna de la que fue capaz: "¿Cerrar, cómo se puede cerrar la casa de Dios, y más cuando hay fieles dentro?" El padre O'Connor —que así se llamaba el clérigo—le amenazó con voz tronante: "¡Get the hell out of here if you don't want me to call the police!" "Hermosas y edificantes palabras para un prelado —le respondió don Quijote. Edad no ya de hierro esta en que vivimos, de hojalata más bien, puesto que hasta los representantes de Dios en la tierra se han olvidado de la compasión y del amor al prójimo". Y dándole la espalda al deslenguado curita, llamó a Sancho, que se había tumbado en un banco para dormir un poquitillo, y ambos salieron de la iglesia.

Pasaron la noche sobre unas mantas raídas, en la parte trasera de Bolidante. El piélagos nocturno estaba cuajado de estrellas. Desde las ventanillas de la furgoneta podían ver cómo la luna iluminaba las gárgolas de la catedral, transformándolas en feroces monstruos gesticulantes. Observándolas, don Quijote pensó que más que iglesia o catedral aquel antro debería de ser el infierno mismo, y que aquellas figuras encornadas habrían de ser endriagos y diablos, a las órdenes de Satanás, enviados por el Maligno para castigar las maldades de aquellos frailes o lo que fuesen. Con este malhadado incidente se le olvidó a don Quijote su propósito de ser armado caballero, y que sepamos, no volvió a mencionarlo a lo largo de toda esta historia.

Discurso de don Quijote sobre la isla de Manhattan.

Rayaba el alba cuando don Quijote y Sancho despertaron. El Bolidante se negó a arrancar, y por mucho que Sancho se afanó —sin saber muy bien lo que hacía, esa es la verdad—, no hubo forma de ponerlo en marcha. Así que allí lo abandonaron. Don Quijote se lamentaba, pero Sancho intentaba convencerle de que a nadie en su sano juicio se le iba a ocurrir robar semejante trasto. Continuaron a pie hasta Central Park. Don Quijote permanecía callado, como sumido en sus pensamientos, y Sancho pensaba en que todavía no había desayu-

nado y que ya no eran gatos los que engurruñaban sus tripas sino tigres y leones. Cuando llegaron a Central Park, el sol brillaba que era una gloria. El parque rebosaba de corredores de rostros torturados, de ciclistas que pedaleaban furiosamente, de paseantes de rostro beatífico, de niñeras emperifolladas y de rubicundos niños que jugaban con ametralladoras y granadas de mentirijillas.

Agotados por la caminata, don Quijote y Sancho se sentaron en el césped, muy cerca del Reservoir. Junto a ellos, un grupo de jóvenes se solazaban comiendo empanadas y bebiendo largos tragos en varias botellas de vino. Por el acento, conoció don Quijote que eran argentinos, y como no desperdiciaba ocasión en emplear la lengua de Cervantes, les preguntó, por pegar la hebra, si vivían en Nueva York". "No, no señor —le respondió uno de ellos, un muchacho pelirrojo y pecoso—. Somos de Mendoza, Argentina, y estamos sólo de visita, de viaje de estudios, para conocer la capital del mundo. Pero acérquense y coman, ché, porque por lo menos a su amigo, ese gordito, parece que se le van los ojos tras las empanadas". Sancho, a quien no le gustaba que le recordaran su redondez, le contestó: "Hambre tengo, no lo voy a negar, pero de un pendejo colorao como tú no quiero yo ni la hora, así que métete las empanadas donde te quepan." En esto terció don Quijote: "Vamos, vamos Sancho, que el muchacho sólo quería gastarte una broma. Anda, anda come, que me huelgo de verte comer". No quedó muy satisfecho Sancho con las razones que le daba don Quijote, pero como ya le habían puesto en una mano una succulenta empanada y en otra una botella de vino, refunfuñando, se sentó y se olvidó del mundo".

"Bello, el paisaje, eh viejo?—le dijo uno de los chicos a don Quijote—. No hemos visto nada tan impactante como Manhattan". Don Quijote, empezó a dar grandes zancadas, y, señalando a los rascacielos, soltó la siguiente perorata: "Es cierto. La ciudad impone. Pero no se hizo de la noche la mañana. Conviene conocer —para apreciarla o despreciarla— un poco la historia de la New Amsterdam. Los holandeses y después los ingleses pensaron que había que continuar expandiéndose, haciendo caso omiso a la topografía de la isla: Manhattan sería una construcción mental más allá de los límites y configuraciones de su misma geografía. Así, la Naturaleza fue domesticada por el hombre en su afán expansionista. Hasta este Central Park, donde nos hallamos, que hoy constituye el pulmón de la ciudad, es, en el fondo, un espejismo: los lagos son artificiales, los árboles se transplantaron hace escasamente un siglo. Y ahí están, rodeándonos, como en un orgiástico maremágnum de paralelepípedos, los rascacielos: minaretes de vidrio, pirámides sobre pirámides, catedrales del dólar, templos sin dios. Estos gringos creen que cuanto más lejos de la tierra, más cerca estarán del aire, del cielo y las estrellas, pero se equivocan. Nueva York, ciudad espuria, maldita, aborto del Bosco, mítico laboratorio donde fermenta el delirio de nuestro diario vivir. Nueva York es Manhattan, y Manhattan es la piedra Rosetta, la utopía del siglo XX, ciudad de mutaciones, simbiosis, transvases, metamorfosis incasantes en un ciclo interminable de creación, destrucción y recreación. Manhattan es la capital de la histeria". Abotagados por la comilona,

el vino y aquel extravagante discurso de don Quijote, los jóvenes argentinos y el mismo Sancho se habían ido quedando amodorrados. Pero don Quijote ya estaba embalado: "Nos guste o no nos guste, amigos míos, esta es nuestra ciudad, la de Sancho y la mía, en ella vivimos, en ella azacaneamos y en ella morimos (o nos asesinan): Nueva York, parada y fonda: los aljibes de agua encumbrados sobre los edificios, como molinos de vientos desaspados, sueñan ajenos al vértigo y al fragor de las calles y avenidas, donde las masas entontecidas, esclavas del ansia consumista, desaparecen arrastradas por la fuerza centrífuga de la ciudad —masas amorfas, encadenadas al ciclo inexorable del trabajo embrutecedor que habrá de facilitarles el alquiler del cuchitril con derecho a cucarachas y a ratas como gatos—, mientras el ulular constante de las sirenas de la policía, de las ambulancias, de los bomberos nos recuerdan que vivimos en estado de sitio, siempre al borde del desastre, a un paso del apocalipsis. El monstruo continúa devorando a sus víctimas". Un coro de curiosos había ido rodeando a don Quijote y escuchaban boquiabiertos las palabras de nuestro héroe, pero ya este se dirigía hacia el zoológico, y Sancho, al ver que don Quijote se marchaba sin él, a duras penas, dando tumbos, le siguió.

En donde se cuentan la aventura del parque zoológico y otras desventuras del mismo jaez

Como el día era espléndido, el parque zoológico se hallaba abarrotado de público. Don Quijote se acercó a la jaula de los monos, se cruzó de brazos y se quedó observándolos con un aire de tristeza que daba grima. Luego se dirigió a Sancho y le dijo: "Me parece una ignominia, Sancho, que estas pobres criaturas tan semejantes a nosotros, primos hermanos como quien dice, tengan que pasarse la vida entre rejas, acosados por miradas humanas, soportando el griterío de la parva diminuta cagalona, sin un rayo de sol, sin su jungla, que es su verdadero predio y medio". "Pero, señor —le interrumpió Sancho—, si están de lo más bien. Además, para ellos nosotros somos un verdadero show. Yo tuve una vez un mono, que me regaló mi amigo Rendón, el de la botánica de la 116. Era un mono chiquitico, un macaco; yo creo que lo habían traído de Brasil, porque le hablamos en inglés y en Spanish y no nos hacía ni joío caso. Al principio no lo quería, ¡qué carajo iba a hacer yo con un mono!, pero me lo llevé a casa, por probar, suponiendo que a mis nenes les parecería chévere, but what a disaster. Cuando Balbina, mi jeba, vio al mico armó un revolú del carajo. Y los nenes se pusieron a llorar: the monkey scared the shit out of them". El animal tendría más miedo de vosotros que vosotros de él", le aseguró don Quijote. "Maybe —siguió Sancho—, pero era un mono de lo más joío. Y se me escapó por toda la casa, y cuando fui a cogerlo pegó un salto y se guindó de una lámpara. ¿Y sabe usted lo que hizo? Pues se meó encima de tos nosotros. Y el cabrón se reía, se reía como un condenao".

En ese momento apareció el encargado de darles la comida a los monos con una espuerta llena de plátanos y avellanas y otras frutas, húmedas y secas. "See, see, señor Quijote, fijese qué bien los tratan; ese lonche es mejor que el

que come mucha gente en Nueva York, que hasta tienen que andar buscando algo que llevarse a la boca en los zafacones de basura de los supermarkets", dijo Sancho, con aire triunfante.

Creció el regocijo. Los niños se apelonaban alrededor de la jaula para ver comer a los monos. Los simios, excitados ante la perspectiva del succulento almuerzo, daban agudos chillidos, brincaban, se aferraban a los barrotes de la jaula, sacaban los bracitos peludos y extendían las humanoides manos. Abrir el empleado la portezuela de la jaula para arrojarles el canasto de comida a los monos y darle don Quijote un fuerte empujón fue todo uno. Las frutas cayeron por todas partes menos en la jaula. El guarda, cogido de sorpresa, resbaló y fue a parar también al suelo. Entonces don Quijote abrió de par en par la jaula. Los niños gritaban y palmeaban encantados ante lo que suponían era parte del espectáculo. Los monos, perplejos, miraron a don Quijote. "¿Quién sería aquel individuo con cara de lechuzo que se atrevía a ponerlos en libertad?", parecían preguntarse. Pero no duraron muchos sus cavilaciones: a trompicones, dando unos chillidos espantosos (no sabemos si de miedo o de contento), salieron disparados de la jaula. Se armó un escándalo de órdago. El guarda empezó a tocar el silbato pidiendo ayuda. Enseguida acudió un policía. "¡No es mi culpa, no es mi culpa!; este, este loco ha sido —dijo el guarda tartamudeando, y señalando a don Quijote—; ¡deténgalo, deténgalo antes de que abra la jaula de los tigres!" El policía agarró por un brazo a don Quijote, que se limitaba a sonreír, mientras pelaba un plátano que había recogido del suelo. A Sancho no se le veía por ninguna parte. "Queda usted detenido", declaró el agente de seguridad. Pero don Quijote, de un violento manotazo se desprendió de él. "Usted, señor policía —le dijo con palabras quedas pero firmes— no tiene ningún derecho para detenerme. Sólo he hecho lo que me dictaba la conciencia; ¿y desde cuándo se detiene a un ciudadano por seguir los dictados de su conciencia?" "Ya prestará usted declaración en el precinto. Ahora, andando", le conminó la autoridad. En eso, uno de los monos se abalanzó sobre el policía y le dio un terrible mordisco en la mano. El guardia pegó un grito de dolor, y don Quijote, tan campante, y tan rápido como le permitían sus largas piernas, hizo mutis de aquel esperpéntico escenario.

Afuera, agazapado entre unos arbustos, lo esperaba Sancho. "¡You are crazy, man, you are crazy! What did you do that for?", dijo Sancho, mirando a todos lados por si venía la policía. "En cristiano, Sancho, habla en cristiano —le replicó don Quijote—, en mi lengua, que es la tuya". "¡Pero se ha vuelto usted loco! ¡A quién se le ocurre hacer una cosa así!", dijo Sancho. "No olvides, Sancho, que nuestra misión es la de ayudar a quien lo necesite y esos animales nos necesitaban: estaban privados de libertad. Ahora nos estarán eternamente agradecidos. Debemos congratularnos pues hemos hecho lo que debíamos. Nunca hay que tener miedo cuando uno sabe que se está haciendo el bien".

Frente al Hotel Plaza. El jamaiquino, filósofo cínico

Se alejaron de allí hacia Central Park South. Se sentaron en una plazuela frente al Hotel Plaza, por descansar un rato. Las banderas del Plaza ondeaban a los cuatro vientos. Las limusinas no cesaban de arribar con su preciosa carga. Los porteros, uniformados y encharretados, abrían las portezuelas de los vehículos y se inclinaban ante los huéspedes con aire servil y rastroso. Los huéspedes, señores y señoras de alto copete, vestidos a la última moda de París o de Londres, emergían de las limusinas, y, sin dignarse echar una mirada a los porteros, se dirigían a la recepción farfullando por adelantado no sé qué imaginarias quejas. Muy cerca de allí, piafaban los caballos. "Esos coches de caballo me recuerdan siempre a mi tierra —comenzó a decir don Quijote—. Esos pobres animales..." "¡Don't you dare, ni se le ocurra! —le atajó Sancho—. Si no fuera por esos caballos, los cocheros no podrían ganarse la vida, y no me dirá usted que un caballo es más importante que un hombre". "Eso no les da derecho a abusar así de un animal, que no tiene posibilidad alguna de quejarse, de protestar. No me extrañaría que algún día, Sancho, estallara una verdadera rebelión de las especies. Compasión, Sancho, compasión". "Pero, señor, un caballo es un caballo y un hombre es un hombre. Nosotros, los human beings, somos superiores ¿no?". "Precisamente por eso, Sancho, tenemos la responsabilidad de cuidar de ellos, de convivir con ellos, sin explotarlos, sin torturarlos, como si por ser animales no sintieran, como si no sufrieran".

En estos dimes y diretes estaban los dos amigos, cuando vieron que se les acercaba un viejo —de raza negra—, desastrado y con barba de varios días, empujando un cochecito de bebé repleto de latas y botellas vacías. El anciano, que los había oído hablar en español, les saludó con un cortés buenos días, y empezó a hurgar en un basurero. "¿Buen hombre, se le ha perdido algo?", le preguntó don Quijote. El vagabundo —pues eso es lo que era—, se le quedó mirando un tanto extrañado y le respondió, "Como perder no se me ha perdido nada porque no tengo nada que perder y mucho que encontrar". "Habla muy bien el castellano, ¿de dónde es usted?", le preguntó don Quijote. "Soy jamaiquino, pero pasé unos años en Cuba, y además tengo muchos amigos hispanos". ¿Y qué rebusca en esos basureros?", insistió don Quijote. "¿Pues no lo ve?: latas, botellas, periódicos. Todo vale dinero en esta ciudad. Y al final del día, con suerte, reúno lo bastante para ir tirando". "¿Es esa su profesión?", le preguntó don Quijote. "No sé si a lo que yo hago se le puede llamar profesión. Me da bastante para comer y como no tengo que pagar renta, pues hasta me sobra. "¿Y dónde se hospeda inquirió don Quijote, con toda la inocencia del mundo, en el hotel de enfrente?" El hombre se le quedó mirando como el que ve a un extraterrestre. En esto, Sancho, que había seguido la conversación aguantándose la risa, con disimulo le hizo un gesto al hombre dándole a entender que don Quijote no andaba muy bien del coco. "En El Plaza no, —acabó respondiéndole el vagabundo—, en el Hotel Plaza precisamente no me hospedo, pero sí muy cerca, ahí mismito", dijo señalando unos cartones semicultos entre unos setos. Esa es mi casa, y se la ofrezco con toda la hospitalidad del

mundo. Hace diez años que vivo ahí. Antes viví en los túneles, en el subway. A veces viene la policía y me tengo que mudar a otro lugar, pero sólo por unos días porque después vuelvo siempre. Es que le he tomado cariño a esta placita." "Así que duerme usted ahí entre cartones —le dijo admirado don Quijote—. ¿Entonces, no tiene usted casa, buen hombre?" "Ya se lo he dicho —le contestó un tanto amoscado el vagabundo—. Esa es mi casa. Y no me quejo, porque otros están peor, mucho peor que yo". Sancho intentó terciar en la conversación: "¿Y por qué no se va a un shelter, a un asilo, a un refugio o como se llame? Yo tengo un amigo que..." "¡Calla, Sancho, que hablas más que un sacamuelas!", le increpó don Quijote. "No, no, a los refugios no voy ni aunque me paguen —continuó el anciano. La última vez que fui a uno—fue en un invierno muy duro, que nevó mucho y casi se me congelan los pies durmiendo al raso— fue el de Kingsbridge, en el Bronx, pero después me arrepentí porque me robaron hasta los zapatos y no pude pegar ojo con las peleas y los bochinchos. Hasta la directora del refugio era un ladrona. Se llamaba —siempre me acordaré— Leona Helms, y era una verdadera bruja. Decían que era multimillonaria y que toda su fortuna la había hecho robándole a los desamparados de la ciudad. Antes de permitirme entrar en el refugio, me registró hasta los fondillos, me quitó los cuatro pesos que me quedaban y hasta me confiscó el coat, el único coat que tenía. ¡Cabrona! ¡Hija de puta!

Se despidieron del joven con muy buenas razones, y Sancho, apiadado, le dio unas monedas, que el otro agradeció con un escueto y digno thank you.

De cómo don Quijote y Sancho fueron embestidos por un motociclista depravado y del recorrido que ambos hicieron por Times Square y alrededores

De allí caminaron hacia Columbus Circle, y cuando iban a cruzar la calle, un Hells Angels, Angel del Infierno, en una Harley Davidson, sin aguardar a que cambiase la luz roja, embistió contra ellos. El motociclista perdió el equilibrio y cayó también. La moto rugía. Don Quijote, en el suelo, llevándose las manos a la cabeza se lamentaba:

¿Dónde estás, Dulciamor mío,
que no vienes a ayudarme?
¡O estarás muy ocupada
o no se te da un adarme!

Acudieron algunos transeúntes que habían visto el accidente. El Angel del Infierno, un gordinflón de larga cabellera por debajo del casco, un arete en el lóbulo izquierdo, cazadora de cuero y brazos tatuados de cruces gamadas, soltaba terribles alaridos: "¡My leg, my leg is broken!", lloriqueaba el Angel Caído. Don Quijote, que sólo había sufrido un rasguño, se incorporó. Sancho, que sólo había sufrido un susto, le ayudó. Entonces, don Quijote se abalanzó sobre el joven, en un santiamén le arrancó el casco y se lo encasquetó. "Por lo menos el accidente me ha servido para procurarme el yelmo de Mambrino", declaró

ufano don Quijote. "Yo siempre he creído arguyó Sancho— que a eso se le llamaba casco, aunque como a veces se me escapa el spanglish, ya no sé muy bien" "No es un casco, zoquete le respondió don Quijote indignado. ¡Es el yelmo, el yelmo de Mambrino!" "Bueno —dijo Sancho encogiéndose de hombros, pues será entonces un casquiyelmo, el de Membrillo o el de Pepino, pero vámonos de aquí que allá vienen los cops y la ambulancia". Don Quijote, mostrando unas fuerzas que uno no hubiera sospechado nunca de un hombre tan amojamado, levantó la moticicleta, que aún bramaba, montó en ella como el que monta una pura sangre, y le dijo a Sancho. "¡Arriba, Sancho, que nos espera Times Square! ¡Vamos, hijo, que la misma providencia que nos privó de Bolidante ha puesto este infernal aparato en nuestro camino!" "No, no señor, eso es un robo. Nos metarán en jail a los dos, y ya deben andar buscándonos por lo de los monos". "De los cobardes nunca se ha sacado nada —le dijo don Quijote. Súbete y vamos en buena hora; esto es solo un préstamo: ya le devolveremos este bicho a su dueño". "¿Bicho? —exclamó Sancho— Ay bendito, ¿le ha cortado usted el bicho al ángel ese?" No, hombre, la moto, la motocicleta". Y dicho esto, se montó Sancho a la grupa y partieron raudos rumbo a Times Square.

La Harley Davidson enfiló Brodway abajo, sorteando automóviles, de los que salían puños amenazantes y crispados dedos medios. Sancho se abrazaba a la cintura de don Quijote, encomendándose a todos los santos habidos y por haber. Anochece. Los anuncios de neón y los carteles publicitarios, como pantallas cinematográficas, dominaban el panorama: ¡COMPRE ESTOS SNEAKERS, Y JUGARÁ AL BASKETBALL COMO MICHAEL JORDAN!; ¡FUME MARLBOROS, Y SE SENTIRÁ TAN MACHO COMO ESOS VAQUEROS DE MANDÍBULA CUADRADA!; ¡USE ESTA ROPA INTERIOR, Y SERÁ TAN IRRESISTIBLE COMO ESTOS ADOLESCENTES DE ABDOMINALES PERFECTOS Y ESAS JOVENCITAS DE PECHINES PUNTIAGUDOS!; ¡BEBE ESTE WHISKY, Y CONOCERÁ EL SABOR DEL PODER Y DEL LUJO! Se anunciaban nuevos filmes: *Titanic*, *Exterminator X*, *Fallen Angels*— y viejos clásicos *Deep Throat*, *Gone with the Wind*, *The Devil in Miss Jones*; y nuevos espectáculos para hacer la digestión: *Ragtime*, *The Lion King*, *Anastasia*—; en las vitrinas de los bazares se exhibían espadas de samurais, machetes y corazones de terciopelos; en las salas de videojuegos, jovencitos de mirada turbia aguardaban al cliente calvo, regordete y halitoso.

Al llegar a la calle 42, don Quijote dio un frenazo en seco y arrumbó la moto en una esquina, decidido a continuar a pie. Aunque todavía quedaban algunas tiendas de porno, la zona iba siendo invadida por una waltdisneyización implacable: donde antes se anunciaban Nude Girls ahora sonreía un Mickey Mouse, donde antes florecían los massage parlors ahora se mustiaba Blanca Nieves, donde antes vibraban las saunas sodomorrianas ahora dormitaban los siete enanitos. Y así por el estilo. Giuliani y sus secuaces estaban ganando la

partida. Había que limpiar la ciudad.. Había que desterrar el vicio, costase lo que costase. ¡Había que retornar a las buenas costumbres!

En Bryant Park

Era ya de noche cuando don Quijote y Sancho se detuvieron en Bryant Park. Acaban de sentarse en uno de los bancos, cuando de pronto se vieron rodeados de policías por todas partes y de perros de amanzantes fauces. Hubo carreras, gritos, se oyeron insultos. Era una redada. En menos que canta un gallo, los polizontes habían apresado a cinco o seis personas, a las que, a patadas, obligaron a levantar los brazos, a abrir las piernas, mientras los cacheaban. En la 41, entre la Quinta y la Sexta, esperaba el coche celular. "Pero, Sancho, ¿a qué viene tanto jaleo, si esos hombres y mujeres no estaban haciendo daño a nadie? ¿Por qué los maltratan?", le preguntó don Quijote a Sancho mientras se acercaba al grupo de policías y delincuentes. Sancho, atemorizado, le tiraba de la manga, mientras le decía. "Por lo que más quiera, señor don Quijote, let's get out of here, que nos van a reconocer por lo de los monos o por lo de la moto y entonces esta noche vamos a dormir en Rikers Island". "Pero ¿no ves, Sancho, que esas criaturas necesitan de nuestra ayuda?, ¿no ves cómo los golpean, cómo los insultan? Si tienes miedo, quédate ahí, que yo he de impedir que se cometan tales atropellos". Sancho, admirado por el valor de don Quijote, no quiso ser menos, y le siguió, aspirando grandes bocanadas de aire para darse ánimo. "¿Por qué detienen y maltratan a esa pobre gente?, preguntó don Quijote a un policía, un individuo alto, de ojos azules y espaldas descomunales. "None of your goddamn business, old man. ¡Get out of here or you'll go with 'em to the Tombs!". "Soy abogado, I am a lawyer, tengo derecho a hablar con mis clientes", se sacó de la manga don Quijote. Esta salida cogió por sorpresa a los guardianes del orden. "¿Por qué te llevan preso?", le preguntó don Quijote a un hombrecillo encanijado, de ojos achinados y barba rala. "Por tecato, mister, por tecato", respondió el desgraciado. "Pues por mentecato no se debe meter en la cárcel a nadie, que nadie es responsable de sus más o menos luces". Uno de los policías, sin duda de origen hispano, terció: "Quiere decir que le gusta la tecata, la droga". Y diciendo esto le remangó la manga de la camisa al detenido y vieron que tenía el brazo con más agujeros que un colador. "¿Y por qué no puede hacer con su cuerpo lo que le venga en gana? —insistió don Quijote—. Me parece una aberración que sea el gobierno el que decida lo que pueden tomar o no tomar sus ciudadanos. "¿Y a ti por qué te llevan, muchacho?", le preguntó don Quijote a un jovencito de unos quince años. "¡Por coleccionista!" ¿Y qué coleccionas, si se puede saber?". "Bolsos y carteras", contestó el muchacho. "Pues yo no veo crimen en eso, porque todo el mundo no va a coleccionar sellitos, estampitas y bobadas por el estilo. ¡Qué aburrido sería el mundo si todos fuésemos iguales! ¡Vive la difference!" Y por último vio don Quijote que

entre los detenidos había una mujer morena, de muy buen ver, que no hacía más que llorar y llorar como una Magdalena. "¿Y a ti, pobre mujer, a ti por que te han detenido?", le preguntó don Quijote. Pero la mujer no contestaba, tanto era la llantina que la consumía. "Esta —explicó el policía— es la puta más puta de todas las putas. Y no hay manera de que se reforme. Y además nos consta que tiene el sida. "¡Con mayor razón aún para que esté en un hospital y no en la calle!", le replicó don Quijote airado. Y diciendo esto, nuestro héroe sacó el Colt 45 y, blandiéndolo a diestra y siniestra, apuntó a los policías, mientras les decía a los detenidos: "Quedaís libres, corred, corred antes de que estos sabuesos se ensañen con vosotros. Run, run". Por un segundo, los guardias quedaron paralizados ante el atrevimiento de aquel estrafalario individuo con casco de motorista. Los detenidos se dieron a la fuga. Los policías corrieron en su persecución. Aprovechando el revuelo, don Quijote y Sancho se metieron por la boca de metro de la 42. Hora punta. Rush hour. Uno de los policías le seguía de cerca, pero era tanto el gentío, que no se atrevía disparar. En ese momento llegaba al andén el tren D. Don Quijote y Sancho no lo pensaron dos veces: escudándose tras la masa humana, se colaron en un vagón. Fueron momentos de angustia, pero el policía parecía haberles perdido la pista. Estaban a salvo.

*De cómo Don Quijote llegó a convertirse en héroe
popular y Sancho en alcalde de Nueva York.*

Cuando llegaron a la última estación, en el World Trade Center, a la sombra de las Torres Gemelas, vieron que había policías por todas partes, perros atraillados, paramédicos, agentes del FBI y del Departamento Antiterrorista y Anti-explosivos y un río de personas que corrían despavoridas. Al principio, los dos amigos creyeron que los estaban esperando, pero pronto se percataron de que aquella parafernalia policial obedecía a otras causas. "¿Qué pasa, qué pasa?", preguntó don Quijote a un policía. "It's a bomb, get back, get back!" Entonces vieron a un hombre, de unos treinta años, los ojos desorbitados, el rostro bañado de sudor, que se aferraba a un paquete envuelto en papel de periódico. Un agente del FBI, megáfono en mano, trataba en vano de convencerle para que soltara el paquete: "C'mon, young man, relax, nothing is going to happen. No one is going to hurt you. Give us that package. Be a good boy." Pero el hombre no parecía escucharle, miraba a todos lados, aferrándose cada vez más al misterioso paquete. "¡Don't get closer, don't get closer or it will explode! ¡I swear that it will explode!", gritó el joven. Entonces don Quijote, se quitó el casco, puso en las manos de Sancho el Colt 45 y lentamente, esquivando a agentes y policías, comenzó a aproximarse al hombre del paquete. "One more step, old man, and you'll be sorry", le amenazó el hombre. Pero don Quijote, sin inmutarse siguió avanzando hacia él y cuando estuvo a un par de pasos le dijo (y traduzco): "No sé qué te ha llevado a este extremo, hijo mío, pero sea lo que sea, piensa un poco antes de hacer una barbaridad. Mucho me temo que has sido encantado por algún nigromante desalmado, y que no tienes consciencia de tus actos". "¡Shut up, shut up, or I blow this fucking city away!",

amenazó el terrorista. Pero don Quijote dio un paso más. El hombre estaba al borde del andén. "Soy don Quijote, y estoy aquí para ayudarte, para ayudar a todos los que me necesitan", le dijo nuestro héroe mirándolo fijamente a los ojos. "I don't need your help, old man. In one minute we'll all be in another world. This is what this technological, dehumanized society deserves: ¡to disappear, to be blown away!" "Tienes razón, amigo —le dijo don Quijote—: eso es lo que merece esta sociedad tecnológica, deshumanizada, brutal, donde reinan el Poder y el Dinero y no el Amor y la Justicia. Tienes razón, que explote tu bomba, a ver si así escarmientan los esbirros del Mal." Y diciendo esto, le dio la espalda y comenzó a caminar hacia el grupo de policías y agentes de seguridad. "Wait a minute, wait a minute!", reaccionó el hombre. Don Quijote se detuvo y se volvió hacia él. "You mean you understand what is going on in this fucking city?" "Claro que entiendo lo que ocurre en esta ciudad infernal, amigo" le contestó don Quijote; y estoy de acuerdo contigo: es mejor que todo se hunda de una vez, y quizá así renacerá un hombre nuevo, un hombre que sepa compartir sus riquezas, un hombre para el que los valores supremos sean la Paz, el Amor y la Justicia. El hombre esbozó una ligera sonrisa. "Ahora bien —continuó don Quijote, yo persigo tus mismos fines pero mis medios son diferentes a los tuyos. La violencia sólo engendra violencia. Pero eso es algo que tú tienes que decidir." Y diciendo esto, don Quijote volvió a darle la espalda y a alejarse de él. Entonces el hombre, aferrado aún al paquete, lo siguió, como sigue el corderillo al pastor. Don Quijote se detuvo. El hombre, temblando, le entregó el paquete. Don Quijote lo depositó cuidadosamente en el suelo, y luego abrazó al hombre con fuerza. Enseguida varios agentes de seguridad se apoderaron del paquete —una poderosa bomba a punto de estallar— mientras la policía esposaba al joven terrorista.

Se rompió el silencio. El gentío comenzó a vitorear a don Quijote: "He is a hero! ¡Es un héroe! ¡Nos ha salvado a todos! ¡Qui-jo-té! ¡Qui-jo-té! ¡Qui-jo-té!". Y Sancho, vociferaba, "¡Yes, yes, yes, he is don Quijote and I am Sancho, his friend and companion of adventures!" Don Quijote hubiese querido acompañar al terrorista en su descenso a los infiernos, pero se lo impidieron. Se vio obligado a apretar manos, a devolver abrazos, a firmar autógrafos.

En Nueva York, las noticias, más que correr, vuelan. A la media hora, la hazaña de nuestro héroe era comentada por todos los canales de televisión. El alcalde Giuliani en persona envió una limusina para que condujese a don Quijote al mismo City Hall: quería felicitarlo en nombre de la Ciudad. Ante las cámaras de televisión, Giuliani, con su sonrisa de conejo, felicitaba a don Quijote, exaltando el valor de "this exemplary New Yorker", y hasta hablaba de recompensas sin cuento. "Sólo quiero una recompensa, señor alcalde", se atrevió a insinuar don Quijote. "You wish will be granted if it's in our power to do so. What would you like?" ("Su deseo se verá cumplido, si está en nuestro poder realizarlo. ¿Qué desea?", respondió gentilmente Giuliani, por boca de un intérprete). "Que a mi amigo Sancho, aquí presente, se le otorgue la oportunidad de ser el nuevo alcalde de Nueva York." A Giuliani se le congeló la conejil sonrisa.

"Well, well, but ...", comenzó a decir, pero el gentío no le dejó hablar: "Sancho for Mayor!, Sancho for Mayor!, ¡Sancho alcalde!" Don Quijote, feliz como no se había sentido en mucho tiempo, descendió las escalinatas de City Hall.

¿Y sabéis quién lo esperaba con los brazos abiertos y el beso presto?: ¡pues nada menos que Dulcilaura!

Se abrazaron.

Pero esta historia no acaba aquí, queridísimos lectores, pues me consta que don Quijote y Dulcilaura salieron esa misma noche en un avión rumbo a México. Es más, hay rumores que andan por Guanajuato, disfrutando de la hospitalidad de sus habitantes, de la belleza de la ciudad y de un merecido descanso.